

MARÍA CELESTINA DONADÍO MAGGI DE GANDOLFI

Pontificia Universidad Católica Argentina
CONICET
Argentina
postmast@maggi.cyt.edu.ar

**MONSEÑORES OCTAVIO NICOLÁS DERISI
Y GUILLERMO PEDRO BLANCO¹**

*A Mons. Derisi y Mons. Blanco,
maestros y padres espirituales:
«ha sonado su mejor último timbre,
el del recreo celestial siempre merecido».*

Apertura al Homenaje

Qué mejor apertura para hablar de Mons. *Derisi* y Mons. *Blanco* que invocar las palabras de Etienne Gilson en la Introducción a *Le Thomisme*²: «Lo propio del Doctor es enseñar; ahora, la enseñanza (*doctrina*) consiste en comunicar a los otros la verdad que se ha meditado previamente, lo que requiere la reflexión del contemplativo para descubrir la verdad y la acción del profesor para transmitir los resultados a sus alumnos. Pero, lo que tiene de destacable esta acción tan compleja, es que lo superior preside exactamente lo inferior, es decir la contemplación a la acción... La función del Doctor está orientada naturalmente hacia un doble objeto, interior y exterior, según se refiera a la verdad que el Doctor medita y contempla frente a sí o frente a los alumnos. De las dos partes de su vida, la primera es la mejor y a la que él ha de ordenarse... La enseñanza como la predicación, con la cual se emparenta, es seguramente una actividad de la vida activa, pero que deriva, de algún modo, de la misma plenitud de la contemplación... Enseñar es profesar hacia afuera su contemplación interior y, si

¹ HOMENAJE: CÁTEDRA MONSEÑOR DERISI: 03.10.2013.

² Paris, Vrin, 1972, pp. 9-11.

es verdad que un alma verdaderamente libre de los intereses superfluos conserva, en cada uno de sus actos exteriores, algo de la libertad que ha adquirido al contemplar, no hay ciertamente otro lugar en el que esa libertad se pueda conservar más integralmente que en el acto de enseñar. Combinar de esta forma la vida activa con la vida contemplativa, no es realizar una sustracción sino una adición. Además, es evidente, que en ninguna parte se realiza este equilibrio entre los dos géneros de vida, equilibrio que se nos exige necesariamente a nuestra actual condición humana, es decir, enseñar la verdad que la meditación nos ha manifestado es detener la contemplación sin perder nada, sino acrecentando más aún la mejor parte».

He sido convocada en este homenaje, al cumplirse los diez años de la partida de Mons. Derisi y al año de la de Mons. Blanco, para expresar algunas reflexiones experienciales de la vida personal y académica que ambos me hicieron el honor de compartir. Ambos, como padres fundadores y arquitectónicos de nuestra Universidad, se entrelazan en lo sustancial «dando de sí su mejor parte» (al decir de Gilson), pero cada uno desde su perfil propio y peculiar. Rasgos de tales perfiles, desde mi vivencia muy cercana, como alumna, asistente en la docencia, profesora y colaboradora en responsabilidades institucionales, quisiera acercarlos como homenaje desde mi memoria emotiva y fraternal.

MONSEÑOR DERISI: RECTOR Y FILÓSOFO

Monseñor Derisi, supo «acrecetar la mejor parte», plas-mándolo en su obra tan propia, tan suya, que la llamó «mi hija»: La Universidad Católica Argentina. «La cultura católica es la unidad viva y jerárquica de la cultura humana con la fe y la teología. Y es la Universidad, principalmente católica, el centro donde debe realizarse este encuentro y unidad, en el más elevado nivel, sólida y con viva articulación»³. Ser «católica» la Universidad, según entendió su espíritu fundacional, quiere

³ DERISI, OCTAVIO NICOLÁS, *La Universidad Católica Argentina en el recuerdo – a los 25 años de su fundación*, Buenos Aires, Universitas, 1983, p. 180.

decir que los estudios y enseñanzas se realizan e imparten en ella a la luz de la Fe, es decir, del reconocimiento de la eminencia suprema de la Verdad Revelada. En consecuencia, lo primero que importa en esta Universidad Católica es que su actividad sea presidida e inspirada por dicha verdad —«Camino y Vida»— bajo el Magisterio de la Iglesia que, por institución divina, es su depositaria.

En ese espíritu, en ese contexto, en la UCA, desarrolló su vida. Además, todos sus afanes, sus obras, sus gestiones, su vida entera fue en y para la UCA con un profundo sentido paternal y de maestro. «Hay que llegar a este ideal de unidad: la unidad por integración en el orden del conocimiento, la unidad e integración entre el conocimiento y la vida: lograr que el alumno viva en la unidad total los conocimientos de su carrera con los de la Filosofía y Teología y, todos ellos, con su vida cristiana. Cada alumno debe constituirse en un testimonio vivo de esta *unidad de cultura, de Filosofía y Teología y vida*»⁴.

La presencia de la cultura católica

*Dios es la percha del ser, pues todos
estamos «suspendidos» de Él⁵*

Monseñor Derisi estuvo siempre convencido «no sólo de la posibilidad sino de la realidad de una cultura auténticamente científica y católica»⁶. Santo Tomás de Aquino, modelo del maestro Derisi, fue su faro, de forma tal que lo internalizó en su vida, moldeándose, a su personal modo y en las circunstancias históricas, a imitación del Santo Doctor. El rigor «científico» de la obra tomasiana se trasuntaba en la exigencia de fundamentar, demostrar y sustentar siempre sus dichos. ¿Cuáles eran los indicios? Su voz, grave, vehemente, cargada inevitablemente de contenido y de sentido. Una voz que sorprendentemente no acusó el paso del tiempo, ni en la claridad ni en la firmeza del discurso. La expresión de sus manos, recogidas en

⁴DERISI, *Ibidem*, p. 185.

⁵De las clases en la Facultad de Filosofía he ubicado bajo los subtítulos algunas de sus clásicas frases durante las lecciones de Metafísica o Historia de la Filosofía Contemporánea.

⁶DERISI, *Ibidem*, p. 179.

un rezo para inspirarse o abiertas para señalar, ratificar y enfatizar el lenguaje. Detrás de las enormes gafas, enormes y atentos eran los ojos de su alma que nunca sufrieron las limitaciones de su cuerpo. Pero, también, a imitación de Tomás, esos ojos del alma incorporaron vitalmente, como «una segunda naturaleza», como la unidad ontológica entre «esencia y acto de ser», *la verdad y la fe, la fe y la verdad*. Así, su cosmovisión de la cultura fue *científica y católica, católica y científica*.

En este sentido, todos sus gestos, sus actitudes, su pensamiento, su corazón, se ajustaron a la fidelidad absoluta e ineludible a la Iglesia y a su Magisterio. De ahí, el cuidado por su presencia, por su investidura, por no evitar los honores y el reconocimiento público, porque Monseñor debía, ante todo y sobre todo, respetar y enaltecer a lo que representaba: la Esposa (la Iglesia) y la hija (la UCA). De esta forma lo sentía y lo vivía. Junto al gran amor a su familia carnal, estaba la Familia del Cielo, en la cual, el Padre le había dado un estado y asignado un puesto al que debía representar dignamente, fortalecer y defender. Un estado, de ser obispo de la Santa Madre la Iglesia (la Esposa), un puesto, de dirigir la UCA (la hija). Y todo, bajo el santo manto de la Virgen María, su Madre, su Aliada, correspondido por su devoción diaria y a lo largo de todo el día, del Rosario, siempre entre sus dedos.

Su fuerte convicción en la posibilidad y realidad de una cultura católica no lo engeguecía ante la realidad: «Sabido es que en épocas pasadas se ha querido atacar a la Iglesia y a su doctrina de anticuada y de estar en desacuerdo con el progreso de las ciencias y de los conocimientos humanos, es decir, de desarticulación entre la fe y la Teología y la cultura humana. Esta aberración sólo cabe en mentes sectarias o ignorantes». Por ello, diluía tal argumento de la siguiente forma: «No solamente no hay oposición sino que, por el contrario, la formación humanista cristiana continúa, amplía, y da todo el sentido superior humano y cristiano a los conocimientos de los sectores determinados del saber, que sin aquélla quedarían truncos y sin su cabal significación»⁷.

⁷ DERISI, *Ibidem*, pp. 179-180.

Integración del saber

*Somos porque Dios nos pensó,
existimos porque Dios nos amó.*

Monseñor Derisi concebía la integración de Filosofía y Teología, no tanto como una cuestión epistemológica de la articulación de los saberes o, si así lo fuere en ciertos momentos, sino que su faro era la formación humanista de los alumnos, porque «la formación puramente científica o técnica puede formar al profesional y hombre de ciencias, pero, descuida lo más importante: la formación del hombre, como hombre... En cambio, esta formación otorgada por la UCA a sus alumnos tiene en cuenta dos aspectos: el de la formación profesional y científica y el de la formación humana y cristiana»⁸. Estaba convencido, aún, que los graduados operarían la síntesis y la revertirían en la misma Universidad. Por ello, la preocupación y el estímulo porque los graduados se incorporasen a la docencia. Y, por lo mismo, se regocijaba al observar que ellos, al partir de la UCA, incorporasen en la vida concreta de sus profesiones esa misma formación humanista, tanto en las empresas, en los cargos públicos, como en las personas que los rodeaban. Incluso más, en situaciones inversas, esperaba pacientemente que aquéllos que «le habían hecho doler la cabeza», por insistir en posturas doctrinariamente extremas, despertaran de sus sueños al descubrir el alto valor y la sensatez de los frutos del humanismo cristiano.

Ahora bien, no era suficiente que se integrasen en paralelo, por una parte, lo científico-tecnológico y, por otra, la filosofía y la teología, sino que habían de darse «vitalmente articulados de un modo jerárquico entre sí. Así una ciencia determinada debe saber que más allá de ella hay un saber superior, que se refiere a la formación del hombre cristiano, al cual ha de subordinarse y servir; y, viceversa, la Filosofía y la Teología no deben darse solamente de una manera puramente teórica, sino en todo su alcance informativo de las otras ciencias, en las cuales han de encarnarse, como alma, para vivificarlas y darles

⁸ *Ibidem*, p. 177.

todo su sentido humano y cristiano»⁹. Al respecto, no se engañaba. Éste era un tipo de ideal al que los grupos humanos, se van acercando y creciendo sucesivamente. ¿Su deseo de integración lo impulsaba a verlo ya cumplido? No lo creo. Entendía que el ideal es un peregrinaje y lo importante era que la UCA estuviese en camino y que no dejase de marchar.

Docentes, alumnos, graduados

*Dios es omnipotente y omnipaciente...
¡porque nos tiene una paciencia!*

Si el hombre paciente es «el que tolera con un ánimo constante los males, e. d., sin entristecerse, ni con ánimo exasperado deserta de aquellos bienes por los que se alcanzan cosas mejores»¹⁰, sin duda que a Dios, por eminencia, puede aplicarse la paciencia, en cuanto siempre espera que los malos se conviertan. Aquella frase de Monseñor, me llevó directamente a San Agustín, porque sospecho que se refería a la salud de nuestro espíritu frente a la gracia y a la salvación y, también, a la dureza de nuestro entendimiento ante la verdad. Y... Monseñor nos tenía, como alumnos, mucha paciencia o bien, él no mezquinaba en practicarla para despejar toda duda del entendimiento o del corazón.

«Ya se darán cuenta para qué sirve que estudien filosofía y teología... », decía al referirse a los alumnos que estaban en ciencias o técnicas especializadas. En esos casos tenía paciencia para enseñar y para esperar que descubrieran que así lo era¹¹. «A su vez, de acuerdo con las exhortaciones de los Romanos Pontífices y muy especialmente de la Declaración *Gravissimum educationis* del Concilio Vaticano II, la Universidad quiere desarrollar su investigación y enseñanza, particularmente en el campo de la teología y de la filosofía, «siguiendo las huellas de los doctores de la Iglesia, sobre todo de Santo Tomás de Aquino (*Gravissimum educationis*, 10)»¹².

⁹ *Ibidem*, p. 178.

¹⁰ S. AGUSTÍN, *De Patientia*, cap. 2.

¹¹ Por muchos años enseñó filosofía en la carrera de Economía de la Universidad de Buenos Aires y se enorgulleció de hacerlo.

¹² ESTATUTOS DE LA UNIVERSIDAD, I, art. IV.

A imitación de Cristo, tenía una claridad paternal en la enseñanza, poniéndose al servicio de los alumnos hasta que la comprensión fuese un hecho indubitable y, a imitación de María, con amor maternal, hacía de la UCA algo doméstico y familiar, «como nuestro segundo hogar». «En la UCA, los alumnos, con sus centros de estudiantes, no ejercen actividad política... Sin embargo, la UCA tiene conciencia clara de que los alumnos forman parte y son un estamento indispensable y principal de la comunidad universitaria... tienen conciencia que constituyen la preocupación principal de los que gobiernan y que pueden llevar siempre a ellos sus preocupaciones o deseos de mejorar la Universidad, con la seguridad de ser atendidos... La Universidad está ordenada por la prudencia de los mayores, pero ayudada por la creatividad y el espíritu de renovación de sus estudiantes»¹³.

Monseñor Derisi supo ser, también, maestro de maestros. Maestro de formadores, de profesores y de directivos, porque impulsaba a todos «a crecer en la verdad y en el amor a la sabiduría y a Cristo». Propiedades de un maestro cabal, de quien no le asusta la promoción de sus discípulos o asistentes y que desconoce el temor de las sombras de los que pasaron por sus cátedras, por sus consejos, por sus orientaciones. Experimentaba, así, sincera satisfacción por quienes habían alcanzado un progreso en su saber, en sus funciones o en la vida. Todos podíamos dar más cuando estábamos cerca de él, porque él mismo se exigía más allá de sus fuerzas o de su debilitado cuerpo.

Para finalizar, me tomo la licencia de aplicar a Monseñor Derisi las palabras de S. S. Juan Pablo II, en *Fides et ratio* referidas a Santo Tomás de Aquino:

La intención del Magisterio era y, continúa siendo, la de mostrar cómo Santo Tomás es un auténtico modelo para cuantos buscan la verdad. En efecto, en su reflexión, la exigencia de la razón y la fuerza de la fe han encontrado la síntesis más alta que el pensamiento haya alcanzado jamás, ya que supo defender la radical novedad aportada por la Revelación sin menospreciar nunca el camino propio de la razón (n. 78).

¹³ DERISI, *Ibidem*, 183-184.

MONSEÑOR BLANCO: FILÓSOFO Y RECTOR

«La beatitud (o el fin último del hombre), tanto el natural como el sobrenatural, es accesible al hombre y *puede ser alcanzado* por sus propios actos. Por ello, el hombre tiene *obligación moral* de tender a su beatitud. Cuando se trata de la beatitud natural, se accede por la razón natural a través de la *sindéresis*, precepto de la ley natural que prescribe que el bien ha de ser hecho y el mal ha de ser evitado, por lo que el bien sumo (beatitud) ha de ser buscado en grado sumo, y el mal sumo (infelicidad y miseria) ha de ser evitado en grado sumo. Por su parte, la beatitud sobrenatural, por la que el hombre es transportado al orden sobrenatural, es *la fe*, lugar de la *sindéresis* sobrenatural, que expresamente es un don de Dios... [El hombre] debe tender eficazmente a su fin último *por sus propios actos*, que son las *mociones* humanas. En verdad, porque el hombre es de naturaleza espiritual e intelectual, es capaz de alcanzar el bien perfecto, que es la beatitud propiamente dicha, la cual no posee desde su nacimiento, ni siquiera como una porción de su propia naturaleza. Solo *Dios* tiene en sí naturalmente su beatitud, por eso la posee sin ningún acto o movimiento precedente. Empero, las creaturas intelectuales, si bien son *capaces*, ciertamente, de alcanzar la beatitud, sin embargo, no la poseen en acto o *de hecho en sí mismas*, sino que han de procurarla y tender a ella según su proceder específico»¹⁴.

En este espíritu de la visión de Ramírez, supo Monseñor Blanco «acrecentar su mejor parte», al decir de Gilson, desde su tarea de filósofo y, por lo mismo, no es fortuita su dedicación a pensar la naturaleza del hombre y sus posibilidades operativas, porque esas reflexiones son camino de salvación natural y sobrenatural. «No puede existir el saber que es la Antropología Filosófica, sin esa realidad humana que es perfección, desarrollo y crecimiento del espíritu y del hombre... El camino emprendido, entonces, me llevó a la convicción de

¹⁴ RAMÍREZ, JACOBUS M., O.P., *Opera Omnia, De actibus humanis*, Tomo IV, Madrid, Inst. de Filosofía «Luis Vives», 1972, pp. 3-4. La elección de Ramírez para esta apertura es también un homenaje a Monseñor Blanco, por considerarlo su Comentador preferido del pensamiento de Tomás de Aquino.

que no es propiamente la Psicología Racional, pensada como parte de la Metafísica, la que tiene que dedicarse al estudio del hombre, sino que dicho estudio es propio de una Antropología Filosófica profundamente enraizada en la Metafísica»¹⁵.

El maestro en Antropología Filosófica

*Si observamos cómo se comporta el hombre,
¿diríamos que es racional?»¹⁶*

Mons. Blanco ha sido verdadero maestro del filosofar, donde la búsqueda de la profundidad de las esencias no le hacía perder la contradicción de los hechos. Pero, ése era su desafío y la inquietud que nos transmitía. No hay que negar lo fenoménico; tenemos que traspasarlos. Si reparamos en la conducta de los hombres —se y nos preguntaba—, ¿no diríamos que el hombre más bien es un animal tonto, insensato, disparatado? Y a la respuesta, de clara inspiración aristotélica y tomasiana, se arribaba luego de recorrer un tortuoso laberinto en que desfilara el *homo faber*, Sartre, Scheler, Zubiri, Ortega y Gasset, Gehlen, Spengler, psicólogos, sociólogos, etc. etc. Por momentos, uno se perdía en ese laberinto o quería abandonar en el intento. Y ésa era la clave. No era una cruzada por sostener el género y la diferencia específica de una definición lógicamente formulada. Lo que estaba en juego era la comprensión cabal de la naturaleza del hombre, que es la noción cardinal de toda su Antropología Filosófica. Y cuando advertía que estábamos a punto de abandonar, se hacía la luz: «los que critican la definición del hombre como *animal racional*, lo hacen porque no entendieron a lo que refiere. Indagamos no “quién” es el hombre, el individuo concreto que se comporta de tal o cuál forma, sino el “qué” es el hombre, su naturaleza»¹⁷. «Animal racional» es una definición que expresa la *naturaleza humana* y, como en todo ente, es por sus operaciones (“quién”) que se plenifica su naturaleza (“qué”). Sin embargo, sus operaciones específicas

¹⁵ BLANCO, GUILLERMO P., *Curso de Antropología Filosófica*, Buenos Aires, EDUCA, 2002, «Prólogo».

¹⁶ De las clases en la Facultad de Filosofía o de los encuentros informales, he ubicado bajo los subtítulos algunas de sus clásicas frases llenas de contenido sapiencial.

¹⁷ BLANCO, *Ibidem*, cap. V.

son libres e hipotéticas, por lo que no tiene asegurado y peligra el camino a su salvación. «Y allí se origina la exigencia ética de que el hombre obre conforme a la naturaleza. Y es conforme a esa naturaleza que surgen para el hombre deberes morales, porque el hombre tiene que obrar como hombre, tiene que realizar su naturaleza de hombre»¹⁸. Su preocupación por *conocer al ser humano*, fue preocupación por *el camino de salvación* propia y de todos los que el Señor puso a su cargo.

El maestro-rector que escucha y dialoga

En la tarde de la vida te examinarán en el amor

Esta frase tan profundamente sentida por Monseñor Blanco, me resuena a lo propio en Santo Tomás: «Aunque la inteligencia sea por naturaleza superior a la voluntad que dirige, aquí abajo el amor de Dios es más perfecto que el conocimiento de Dios»¹⁹; y, también, a *Las tres edades de la Vida interior*²⁰ que tanto admiraba Monseñor, al decir: «Nuestro conocimiento de Dios lo atrae hacia nosotros, mientras que nuestro amor nos lleva hacia Él. Por consiguiente, mientras no poseemos la visión beatífica, en la tierra o en el purgatorio, el amor de Dios es superior al conocimiento que de Él podamos tener; ese amor supone el conocimiento pero lo sobrepasa. Más aún, ya aquí en la tierra, nuestro amor de caridad toca a Dios inmediatamente, se adhiere a Él, y de Él desciende a las criaturas». A lo cual Monseñor completaría con una de sus profundas frases: *el corazón del hombre es pequeño y no entiende, pero el de Dios es grande y comprende todo*.

En esta sintonía, vivió «el» padre (como solíamos decirle) su relación como rector con la comunidad universitaria, por ello fue un verdadero «maestro-rector». Se tratase de alumnos, discípulos, empleados, directivos u otras autoridades. Ante todo, su actitud era la de *escuchar al otro*, sus problemas, inquietudes, opiniones y hasta disensos. Cuántas veces, tuvimos el honor de hacernos sentar frente a él y preguntarnos: ¿cómo interpreta Ud. tal o cual pasaje filosófico o teológico, o

¹⁸ *Ibidem*, pp. 378-9.

¹⁹ SUMA TEOLÓGICA, I-II, q. 3, a. 4.

un acontecimiento del país, o de la Iglesia? ¿Es qué no lo tenía resuelto? En verdad, su modestia intelectual no le permitía quedarse en su propio saber (que, por otra parte, era muy fecundo), sino que necesitaba, no confrontar, sino escuchar el pensamiento del otro. Luego, venía *el diálogo*, que incluía, en el mismo tono, convalidación o rectificación, pedidos, indicaciones u órdenes, como verdadero maestro-rector. Cada uno hemos tenido experiencia de esta situación, de escuchar, dialogar y pedir. En mi caso, particularmente: «¿Cómo anda la revista *Sapientia*? y ¿la Sociedad Tomista?». Luego que uno se explayaba, sobre la periodicidad de la revista, sobre los artículos, sobre la Semana Tomista e, incluso, sobre temas tomasianos, venía la indicación paternal pero firme: «No debe descuidarme ni *Sapientia* ni la Sociedad Tomista».

Maestro-rector, que bien lo perfila el pasaje final de Garrigou-Lagrange en el punto citado. «La caridad, pues, ha de ocupar el primer lugar en nuestra alma, por encima del amor a la ciencia y al progreso humano cualquiera sea. Si así sucede, esa virtud centuplicará nuestro vigor intelectual y moral, poniéndolo al servicio de Dios y del prójimo»²¹.

Maestro en estudiosidad y humildad

Mientras uno viva debe manifestarse

Este perfil de Monseñor Blanco, como filósofo-rector, se ha nutrido, en especial, de la estudiosidad, la humildad y la magnanimidad. Su capacidad de trabajo, de lectura, impelido por la búsqueda de la verdad que entendía como realidad y objetividad, y que contraponía al engaño, a la distorsión, que defrauda nuestros anhelos de saber, se alimentaba en la virtud de la *estudiosidad*, que supo gozar como nadie que he conocido. Esta virtud no es una medida de esfuerzo, sino de calidad para alcanzar la posesión de la verdad que nos enseña a descartar las ruindades y bajezas que no alimentan el espíritu. Como toda virtud, tiene un punto de equilibrio, y Monseñor supo encontrar ese envidiable balance. Ni una apetencia de

²⁰ GARRIGOU-LAGRANGE, R., Desclée de Brouwer, 1957, pp. 177-181.

²¹ *Ibidem*, p. 181.

saber que cae en la codicia y la insaciabilidad de una supuesta curiosidad; ni el abandono por ceder al cansancio de la debilidad humana. Por esto último, cuando se lo veía cansado por sus múltiples tareas o por cuestiones de salud, y se le sugería que desacelerase, advenía aquélla rotunda frase: *Mientras uno viva debe manifestarse*.

Sin embargo, nos decía, *las virtudes no andan solas sino que buscan compañía*, por lo que Monseñor supo implementar la estudiosidad en un justo balance. Porque la estudiosidad supone que moderemos nuestros deseos de conocer, sirviendo de freno, a fin de que nuestras aspiraciones no traspasen el justo límite que la razón impone a nuestra conducta, lo que es propio de la *humildad*. Pero, a su vez, requiere de la firmeza y el valor para que la magnitud de las dificultades no nos haga caer en el abandono, lo que es propio de la *magnanimidad*. Así en él, ambas tendencias se regularon al acogerse a la sensatez de su razón. Pues, parafraseando a Santo Tomás²², cuando la humildad nos hace pequeños, la magnanimidad nos hace levantar los ojos a cosas grandes; y cuando la magnanimidad nos hace levantar los ojos a cosas grandes, la humildad nos adorna con el vestido de la sencillez en la estimación del propio valer, dejándolo todo al Dador de todo bien. No quiere esto decir que el humilde jamás podrá aspirar a nada que sea desordenado, incongruente. Llevado de la mano de Dios, puede aspirar al mismo Dios, al mismo tiempo que afirma su propia pequeñez y miseria. Y, Monseñor supo, de la mano de Dios, ser grande desde su pequeñez.

Ser humano: apertura infinita y apertura a lo infinito

En una Antropología Filosófica profundamente enraizada en la Metafísica, como nos decía al comienzo, se inicia *el camino de salvación del hombre*, que ha de dar el salto a la ética, a la teología y a la oración. En verdad, nos amonesta al final de su Curso, «el espíritu en el hombre funda su apertura infinita, en todas las dimensiones que se apoyan en la inteli-

²² *Cfr.* SUMA TEOLÓGICA, II-II, q. 161.

gencia y la voluntad del hombre. Pero, al mismo tiempo, funda su radical inacabamiento. Esto implica que el hombre, como persona, debe plenificarse operativamente, es decir, que ve su realización como una tarea ética... La apertura infinita de la persona humana es también una apertura a lo infinito, implica la búsqueda de Dios como sentido último de la realidad y de la existencia humana»²³. Y en esto, Monseñor, ha sido verdadero maestro de la integración del saber, de las ciencias, la filosofía y la teología. Incluso más, *como soy un cura rezador*, añadía, el aferrarnos al rosario y a la fe es la poderosa elevación de nuestros pensamientos, porque la verdad revelada es la plena luz que proviene de lo Alto. Nunca serían tan bien aplicadas como a Monseñor Blanco, las palabras de *Fides et ratio*²⁴:

La razón no debe jamás perder su capacidad de interrogarse y de interrogar, siendo consciente de que no puede erigirse en valor absoluto y exclusivo... Es deseable que los teólogos y los filósofos se dejen guiar por la única autoridad de la verdad, de modo que se elabore una filosofía en consonancia con la Palabra de Dios. Esta filosofía ha de ser el punto de encuentro entre las culturas y la fe cristiana, el lugar de entendimiento entre creyentes y no creyentes.

²³ BLANCO, *Ibidem*, p. 241.

²⁴ JUAN PABLO II, Vaticano 1998, n. 79.